

Thomas Harding

# Hanns y Rudolf

El judío alemán y la caza  
del *Kommandant* de Auschwitz



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

---

THOMAS HARDING

# Hanns y Rudolf

El judío alemán y la caza  
del *Kommandant* de Auschwitz

Traducción de  
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg
-------------------

<i>Círculo de Lectores</i>
----------------------------

---

## Índice

Lista de ilustraciones . . . . .	11
Mapas . . . . .	14
<i>Nota del autor</i> . . . . .	21
<i>Prólogo</i> . . . . .	23
1. Rudolf, Baden-Baden, Alemania, 1901 . . . . .	27
2. Hanns, Berlín, Alemania, 1917 . . . . .	39
3. Rudolf, Berlín, Alemania, 1918 . . . . .	51
4. Hanns, Berlín, Alemania, 1928 . . . . .	65
5. Rudolf, Berlín, Alemania, 1928 . . . . .	73
6. Hanns, Berlín, Alemania, 1933 . . . . .	93
7. Rudolf, Oświęcim, Alta Silesia, 1939 . . . . .	115
8. Hanns, Londres, Inglaterra, 1939 . . . . .	137
9. Rudolf, Oświęcim, Alta Silesia, 1942 . . . . .	151
10. Hanns, Normandía, Francia, 1945 . . . . .	167
11. Rudolf, Berlín, Alemania, 1943 . . . . .	175
12. Hanns, Bruselas, Bélgica, 1945 . . . . .	189
13. Rudolf, Berlín, Alemania, 1945 . . . . .	213
14. Hanns, Belsen, Alemania, 1945 . . . . .	221
15. Hanns y Rudolf, Gotttrupel y Belsen, Alemania, 1946 . . . . .	243
16. Hanns y Rudolf, Gotttrupel, Alemania, 1946 . . . . .	255
17. Hanns y Rudolf, Belsen y Núremberg, Alemania, 1946 . . . . .	261
<i>Epílogo</i> . . . . .	289
<i>Posdata</i> . . . . .	295
Notas . . . . .	301
Árboles genealógicos . . . . .	336

Fuentes de documentación.....	339
Bibliografía.....	343
Agradecimientos.....	347
Índice analítico.....	351

---

## Nota del autor

El nombre del *Kommandant* de Auschwitz puede escribirse de distintas formas. Quizá la más auténtica sea «Rudolf Höß», que era como lo escribía el propio *Kommandant*. Se sirve de la letra «ß», lo que reafirma la herencia conservadora suaba del *Kommandant*. La grafía más frecuente en inglés es «Rudolf Hoess». Sin embargo, el *Kommandant* nunca escribía así su nombre, y además se corre el riesgo de confundirlo con Rudolf Hess, el secretario de Hitler. He optado por utilizar la notación alemana contemporánea, «Rudolf Höss», que no sólo era la forma en que mecanografiaban su nombre en las SS, sino que Hanns Alexander también lo escribía así.

Una cosa más. Al llamar a Hanns y Rudolf por sus nombres de pila no pretendo igualarlos. De hecho, para mí es importante que no haya equivalencia moral. Sin embargo, huelga decirlo, ambos eran seres humanos, y como tales, si me he propuesto contar sus historias, debería empezar por sus nombres propios. Si eso resultara ofensivo, y comprendo por qué podría serlo, les pido disculpas.

---

## Prólogo

ALEXANDER. Howard Harvey, cariñosamente conocido como Hanns, falleció rápida y apaciblemente el viernes 23 de diciembre. La cremación tendrá lugar el jueves 28 de diciembre, a las 2.30 p.m. en Hoop Lane, Crematorio de Golders Green, Capilla Oeste. Sin flores, por favor. Las donaciones, para quien desee hacerlas, al North London Hospice.

*Daily Telegraph*, 28 de diciembre de 2006

El funeral por Hanns Alexander se celebró una tarde fría y lluviosa, tres días después de Navidad. Teniendo en cuenta la climatología y las fechas, la asistencia de público fue impresionante. En la capilla se agolpaban más de trescientas personas. La congregación llegó muy pronto, casi al completo, ocupando todos los asientos. Asistieron quince personas del antiguo banco de Hanns, el Warburg's, entre ellas el anterior director general y el actual. Allí estaban sus amigos íntimos, así como todos sus familiares. Ann, la esposa de Hanns durante sesenta años, estaba sentada en primera fila, junto a las dos hijas de la pareja, Jackie y Annette.

El celebrante de la sinagoga recitó el Kadish, la oración tradicional judía por los muertos. A continuación hizo una pausa. Mirando a Ann y a sus dos hijas, pronunció un breve sermón, diciendo lo apenado que estaba por su pérdida, y que toda la comunidad iba a echar de menos a Hanns. Cuando concluyó, dos sobrinos de Hanns se pusieron en pie para pronunciar un panegírico conjunto.

Gran parte de lo que dijeron era sobradamente conocido: que Hanns se crió en Berlín. Que la familia Alexander salió huyendo de los nazis y se instaló en Inglaterra. Que Hanns combatió en el Ejército británico. Su carrera como banquero del escalafón inferior. Su compromiso con la familia y su medio siglo de esfuerzos bregando para la sinagoga.

Pero había un detalle que pilló desprevenido a casi todo el mundo: que al final de la guerra, Hanns había localizado al *Kommandant* de Auschwitz, Rudolf Höss.

Aquello me llamó la atención. Porque Hanns Alexander era hermano de mi abuela, era mi tío abuelo. Cuando éramos pequeños nos habían advertido de que no hiciéramos preguntas sobre la guerra. Y en aquel momento me enteré de que tal vez Hanns había sido un cazador de nazis.

La idea de que aquel hombre bueno pero que no llamaba la atención hubiera sido un héroe de la Segunda Guerra Mundial parecía inverosímil. A lo mejor aquello no era más que otro de los cuentos chinos de Hanns. Porque era un poco pícaro y un bromista, sin duda muy respetado, pero también era aficionado a gastar bromas a sus mayores y contarnos chistes verdes a los jóvenes, y, a decir verdad, también era propenso a exagerar. Al fin y al cabo, si realmente había sido un cazador de nazis, ¿no se habría mencionado en su nota necrológica?

Decidí averiguar si aquello era cierto.

Vivimos en una época en que se están cerrando las aguas sobre la historia de la Segunda Guerra Mundial, en que estamos a punto de perder los últimos testigos que quedan, en que lo único que permanece son relatos que ya se han contado y vuelto a contar tantísimas veces que han perdido su veracidad original. Y lo que nos quedan son las caricaturas: de Hitler y Himmler como unos monstruos, de Churchill y Roosevelt como guerreros victoriosos, y de millones de judíos como las víctimas.

Sin embargo, Hanns Alexander y Rudolf Höss fueron hombres con caracteres muy polifacéticos. Por consiguiente, esta historia pone en duda el retrato tradicional del bueno y el malo. Ambos hombres eran adorados por sus familias y respetados por sus colegas. Ambos se criaron en Alemania durante las primeras décadas del siglo xx y, cada uno a su manera, ambos amaban a su país. En ocasiones Rudolf Höss, el brutal *Kommandant*, mostraba cierta capacidad de compasión. Y la conducta de su perseguidor, Hanns Alexander, no siempre estuvo libre de sospecha. Por consiguiente, este libro es un recordatorio de un mundo más complejo, contado a través de la vida de dos hombres que se educaron en dos culturas alemanas paralelas pero antagónicas.

También es un intento de seguir el rastro de las vidas de ambos hombres, y de comprender cómo llegaron a encontrarse. Y el intento

suscita preguntas difíciles. ¿Cómo se convierte un hombre en un asesino de masas? ¿Por qué una persona elige enfrentarse a sus perseguidores? ¿Qué le ocurre a las familias de ese tipo de hombres? ¿Alguna vez está justificada la venganza?

Más aún, esta historia pretende argumentar que cuando los mundos de aquellos dos hombres colisionaron, la historia moderna se vio transformada. El testimonio que surgió de ello resultó particularmente significativo durante los juicios por crímenes de guerra al final de la Segunda Guerra Mundial: Höss fue el primer alto mando nazi que admitió haber ejecutado la Solución Final de Himmler y Hitler. Y lo hizo con todo tipo de detalles estremecedores. Aquel testimonio, sin precedentes en su descripción de la maldad humana, llevó al mundo a jurarse que jamás volverían a repetirse aquellas inefables atrocidades. Desde entonces, quienes padecieran injusticias extremas podían atreverse a abrigar la esperanza de una intervención.

También es la historia de una sorpresa. En mi cómoda educación en el norte de Londres, los judíos –y yo lo soy– figuraban como las víctimas del Holocausto, no como sus vengadores. Yo nunca había cuestionado realmente ese estereotipo hasta que me topé con esta historia. O, para ser más exacto, hasta que ella se topó conmigo.

Es la historia de unos judíos que contraatacan. Y aunque existen algunos ejemplos sobradamente conocidos de resistencia –de motines en los guetos, de insurrecciones en los campos, de ataques desde la espesura– ese tipo de ejemplos escasean. Hay que rendir homenaje a todos y cada uno de ellos, como inspiración para los demás. Incluso cuando nos enfrentamos a la brutalidad más radical, la esperanza de supervivencia –y tal vez de desquite– todavía es posible.

Éste es un relato reconstruido a base de historias, de biografías, de archivos, de cartas familiares, de antiguas grabaciones magnetofónicas y de entrevistas con los supervivientes. Y es una historia que, por una serie de razones que espero que queden claras, nunca contaron del todo sus dos protagonistas: Hanns y Rudolf.

---

I

Rudolf  
Baden-Baden, Alemania  
1901

Rudolf Franz Ferdinand Höss nació el 25 de noviembre de 1901. Su madre, Paulina Speck, tenía veintidós años, y su padre, Franz Xaver, tenía veintiséis. Rudolf era su primer hijo. Vivían en el número 10 de la Gunzenbachstrasse, en una pequeña casa encalada con un tejado de tejas rojas, situada en un valle boscoso a las afueras de Baden-Baden.

A principios de la década de 1900, la ciudad medieval de Baden-Baden intentaba ponerse a toda prisa a la altura del siglo xx. La ciudad, situada al suroeste de Alemania, se alzaba a orillas del río Oos, que serpenteaba apaciblemente por el fondo de un exuberante y frondoso valle, cubierto de viñedos bien cuidados. Por encima de la ciudad se elevaban cinco colinas, y detrás de ellas la Selva Negra se extendía hasta el horizonte.

Durante siglos, los manantiales naturales y la glamourosa vida nocturna de Baden-Baden habían atraído a los famosos de toda Europa. Dostoyevski se había documentado en el casino de la ciudad para escribir su novela *El jugador*, y tanto la reina Victoria como Napoleón III y Johannes Brahms habían pasado alguna temporada en una ciudad que, durante un tiempo, fue conocida como la capital veraniega de Europa. Con aquellos turistas llegó una gran prosperidad, y durante los primeros años de la década de 1900 se llevaron a cabo importantes esfuerzos de modernización. Se habían perforado nuevos túneles en la veta de piedra caliza en la que se apoyaban los cimientos romanos de la ciudad, a fin de incrementar el aforo de los baños públicos; se había construido un ferrocarril funicular hasta lo alto del monte Merkur, desde cuya cumbre podían contemplarse unas magníficas vistas del valle aledaño, y hacía poco tiempo que las farolas de la plaza mayor y sus alrededores habían pasado del gas a la electricidad.



La casa de la familia Höss (centro), Baden-Baden

Sin embargo, en la casita familiar de los Höss, a las afueras de la ciudad, la vida seguía siendo prácticamente la de siempre. Franz Xaver había prestado servicio como oficial del Ejército alemán en África, hasta que una herida causada por una flecha envenenada puso fin a su carrera. Había regresado a Alemania para trabajar como docente en la escuela militar de Metz, y después se licenció para dedicarse al comercio en Baden-Baden. Salvo por el atisbo de romanticismo derivado de sus hazañas africanas, Franz Xaver era una persona corriente en todos los aspectos: un alemán patriota y un devoto católico, al borde de la respetabilidad de clase media; una familia imposible de distinguir de sus vecinos. Tres años después de nacer Rudolf, nació una hija, Maria; y más tarde, en 1906, llegó otra niña, Margarete.

Rudolf se pasó la mayor parte de su primera infancia jugando solo. En su comunidad rural, los niños de la zona eran casi todos mayores que él, y sus hermanas eran demasiado pequeñas para suscitar su interés. Su madre estaba ocupada con las tareas cotidianas de los hijos y la casa. Resultaba casi inevitable que el pasatiempo favorito de Rudolf fuera pasear desde su casa hasta el pueblo, hacia el depósito de agua que se alzaba por encima del barrio. Allí se quedaba sentado, con la oreja pegada a la pared, escuchando cómo corría y borboteaba el agua. Otras veces se aventuraba por los sombríos vericuetos de la Selva Negra, cuyos linderos estaban a muy poca distancia de su casa.

Rudolf se pasaba innumerables horas en el bosque. Pero no era un lugar tan idílico como parecía. Cuando tenía cinco años, unos gitanos le raptaron muy cerca del bosque. Se lo llevaron a la caravana, tal vez con la intención de vendérselo a otra familia, o de ponerle a trabajar en alguna de las minas de carbón de la zona. Afortunadamente para él, un granjero del lugar lo reconoció justo en el momento que se marchaban los gitanos y acudió a rescatarle.

A raíz del rapto, le prohibieron alejarse mucho. Pero sí le permitían ir a visitar las granjas de los vecinos, donde limpiaba los establos y cepillaba los caballos. Durante aquella época fue cuando descubrió que tenía una sensibilidad instintiva para esos animales. Era lo suficientemente pequeño como para arrastrarse por debajo de las patas de los caballos, pero nunca le coceaban ni le mordían. Aunque también le gustaban los toros y los perros, verdaderamente se enamoró de los caballos, una pasión que iba a acompañarle durante el resto de su vida.

Cuando cumplió seis años, la familia dio un importante paso para consolidar sus aspiraciones de respetabilidad, al trasladarse a una casa más grande, a las afueras de Mannheim. Ubicada a cien kilómetros al norte del primer hogar de Rudolf, y a ochenta kilómetros al sur de Fráncfort, Mannheim era una ciudad mucho más grande que Baden-Baden, con una población de más de 300.000 habitantes, y con una base industrial que prestaba servicio a toda la región. Aunque Rudolf echaba de menos los animales y la belleza expansiva de la Selva Negra, el traslado trajo consigo algo bueno: en su siguiente cumpleaños le regalaron un poni de color negro, al que llamó *Hans*. Salía a menudo a pasear por el vecino bosque de Haardt, y se pasaba horas acicalando al caballo cuando volvía del colegio. Amaba tanto a aquel animal que lo metía a hurtadillas en su dormitorio cuando sus padres no estaban. Todo el tiempo libre que tenía lo pasaba en compañía de *Hans*, un poni tan fiel que seguía a Rudolf como un perro. Se volvieron inseparables.

Rudolf estaba fascinado por las historias que le contaba su padre sobre su carrera militar. En particular le encantaba oírle hablar de las campañas de África, de sus batallas con las poblaciones locales, de sus extrañas religiones, de sus prácticas exóticas. Pero a pesar de que tanto el padre como el abuelo de Rudolf habían servido en el Ejército, a Rudolf le atraía más la idea de ser misionero, antes que un soldado enviado a combatir en alguna tierra extranjera.

A través de su padre Rudolf conoció las tradiciones y principios de la Iglesia católica. Franz Xaver llevó a su hijo en peregrinación a los lugares santos de Suiza y a Lourdes, en Francia. Rudolf se convirtió en un fervoroso creyente; más tarde él mismo recordaba que «me gustaba hacer de monaguillo y rezaba mis oraciones con devoción» y que «me tomaba muy seriamente mis deberes religiosos».\*

Desde que era muy pequeño a Rudolf le asignaron numerosas tareas como miembro de la familia, que él debía realizar sin quejarse. Toda travesura se castigaba severamente. Incluso una leve descortesía con alguna de sus hermanas –una palabra cruel o un comentario hiriente– se traducía en que Rudolf debía permanecer de rodillas largo rato sobre el suelo duro y frío, para pedir perdón a Dios.

Cuando nació su primera hija, Franz Xaver había jurado que su hijo de tres años sería sacerdote: que iría a un seminario, que haría voto de castidad, y que se dedicaría a la oración, al saber y a la comunidad. La educación de Rudolf se planificó con el único propósito de prepararle para una vida religiosa. Posteriormente él mismo recordaba:

Desde la infancia me inculcaron un profundo sentido del deber: toda orden de mis mayores debía cumplirse a conciencia y de manera exacta. [...] Pensaba que mi primer deber era [...] someterme a las órdenes y deseos de mis padres, mis maestros, el señor cura, los adultos en general e incluso los sirvientes. Dijeran lo que dijeran, ellos siempre tenían razón. Estos principios básicos en que fui educado pasaron a formar parte de mi sangre y de mi carne, por así decirlo.

Vivir en un barrio periférico significaba que Rudolf estaba rodeado de niños de su edad, y a él le encantaba armar jaleo con los demás niños. La perspectiva de su futuro trabajo en las misiones no mermaba su entusiasmo por aquellos juegos, ni hacía que fuera menos despiadado a la hora de cobrarse la revancha. Si otro niño le hacía daño de alguna forma, Rudolf se mostraba implacable hasta no haberse vengado de él. Así pues, Rudolf era temido por sus compañeros de juego.

Sin embargo, cuando tenía once años, una de sus peleas llegó demasiado lejos. Él y sus amigos habían participado en una escaramuza desen-

\* Las citas autobiográficas de Rudolf Höss son de la versión española de sus memorias, *Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona, Ediciones B, 2009, trad. J. E. Fassio. (N. del T.)

fadada, durante la cual uno de los niños se cayó por unas escaleras y se rompió el tobillo. Rudolf, horrorizado, se fue directamente a la iglesia a confesarse con un sacerdote, que también era amigo de la familia. El cura se lo dijo inmediatamente a Franz Xaver, quien a su vez castigó a Rudolf. Aquella violación del secreto de confesión disgustó profundamente a Rudolf, y destruyó su fe en la fiabilidad de la profesión.

Durante muchísimo tiempo estuve repasando una y otra vez todos los detalles de lo que había ocurrido, porque una cosa así me parecía monstruosa. En aquel momento –e incluso hoy en día– estaba y todavía estoy firmemente convencido de que mi padre confesor había roto el sello del confesionario. Mi fe en la inviolabilidad del sacerdocio había desaparecido, y empecé a tener dudas religiosas. Después de lo que había ocurrido, ya no era capaz de considerar digno de confianza a aquel sacerdote.

Rudolf dibujaba un cuadro desolador de su infancia: un padre que era un fanático intolerante, y al que por consiguiente temía y despreciaba, y una madre distante, que o bien estaba cuidando de sus dos hermanas pequeñas, o bien estaba en la cama recuperándose de alguna enfermedad. De hecho, Rudolf recordaba que no tenía intimidad con nadie de su familia. Podía estrecharle la mano a alguien, o decir unas palabras de agradecimiento, pero no era un niño que disfrutara del contacto físico. Por consiguiente, no compartía sus problemas con quienes le rodeaban: «Prefería arreglármelas solo».

El 3 de mayo de 1914, un año después del incidente con el sacerdote, el padre de Rudolf falleció en su casa, a la edad de cuarenta años. No consta la causa de su muerte.

No recuerdo que este suceso me hubiera afectado mucho. Quizá fuese demasiado pequeño para valorar el alcance de la pérdida. En cualquier caso, la desaparición de mi padre hizo que mi vida tomara un rumbo muy distinto del que él habría deseado.

Sin embargo, la muerte de Franz Xaver sí tuvo un gran impacto en el resto de la familia. Había sido la única fuente de ingresos, y, con tres hijos que alimentar, a la madre de Rudolf le resultaba difícil llegar a fin de mes. Pero la muerte liberó al hijo de la sombra de su padre; el joven Rudolf iba a forjar su propio camino mucho antes de lo que en otras circunstancias le habrían permitido sus padres.

El 28 de junio de 1914 el archiduque Francisco Fernando de Austria fue asesinado en Sarajevo, y el Imperio austrohúngaro respondió invadiendo Serbia. Aquella agresión desencadenó las represalias de las demás potencias europeas –Rusia, Gran Bretaña, Alemania, Francia y el Imperio otomano– y al cabo de pocas semanas todas ellas se hallaban enzarzadas en la Primera Guerra Mundial. Inicialmente las hostilidades se centraron en los países de Europa occidental, Alemania, Francia y Bélgica, pero muy pronto el conflicto se extendió hacia el este y el sur, a través de Europa, y a continuación a las colonias de África, Asia y el Pacífico. Los combates fueron especialmente encarnizados en Oriente Próximo, que se convirtió en un campo de batalla estratégico, en parte debido a su producción de petróleo, y en parte por el valor simbólico de sus santos lugares.

Cuando estalló la guerra Rudolf tenía doce años, y la familia Höss seguía viviendo en las afueras de Mannheim. La ciudad estaba a tan sólo dos horas en tren de la frontera oriental francesa, y a Rudolf le encantaba vivir tan cerca del conflicto. Se instalaba en el andén de la estación de tren local para ver cómo partían hacia el frente los primeros grupos de jóvenes, emocionado por la guerra, pero también ansioso por marchar con ellos.

Un año después, tras suplicárselo reiteradamente a su madre, Rudolf ingresó en la Cruz Roja como auxiliar. Después del colegio se pasaba todo el tiempo que podía trabajando en el hospital de la Cruz Roja, repartiendo tabaco, comida y bebida a los heridos. Aunque estaba horrorizado por los terribles traumas de la guerra moderna, le impresionaba la valentía de los soldados heridos, y se reafirmaba en su deseo de luchar por su país.

Y así ocurrió que, durante el verano de 1916, Rudolf se marchó de casa, diciéndole a su madre que iba a visitar a sus abuelos. En cuanto salió del término municipal, se puso en contacto con un capitán del lugar, un antiguo amigo de su padre, le mintió sobre su edad, y se alistó en el Ejército. Tan sólo tenía catorce años.

No era demasiado insólito que una persona tan joven se alistara en el Ejército. Oficialmente, la edad mínima de alistamiento en Alemania durante la Primera Guerra Mundial era de diecisiete años. Ése era el límite vigente desde la creación de la Constitución alemana del 16 de abril de 1871, que afirmaba que todos los varones estaban sujetos al servicio militar, desde su decimoséptimo hasta su cuadragésimo quinto cumpleaños. No obstante, desde la declaración de guerra en 1914, los

niños soldados habían inundado el Ejército alemán. Aunque el número de reclutas adultos disminuyó considerablemente en 1915 y 1916, dado que para entonces ya se había alistado la inmensa mayoría de los hombres aptos, se aceptaba con entusiasmo a casi todos los muchachos—siempre y cuando estuvieran lo suficientemente sanos como para pasar un reconocimiento médico y dispuestos a empuñar un rifle—aunque su aspecto físico revelara su edad. A consecuencia de ello cientos de miles de niños soldados lucharon en el bando alemán durante la Gran Guerra.

El 1 de agosto de 1916, con la ayuda del amigo de su padre, Rudolf se incorporó al 21.º Regimiento de Dragones de Baden, el mismo regimiento de caballería en que anteriormente habían prestado servicio tanto su padre como su abuelo. Fue sometido a un somero reconocimiento médico, y le entregaron el uniforme estándar de un soldado raso de la caballería alemana: una botas de cuero negras hasta la rodilla; unos pantalones de lana grises; un ancho cinturón negro con un águila estampada en la hebilla, el símbolo de su estado natal; una guerrera gris sin bolsillos y con botones de latón, y una *Feldmütze*, una gorra chata de lana gris, inclinada hacia un lado, y que tenía una pequeña escarapela de plata cosida en la parte delantera. Y lo mejor era que Rudolf ya era el orgulloso propietario de un sable de caballería con empuñadura de bronce, con su correspondiente vaina negra que, cuando descansaba sobre el suelo, le llegaba hasta la cintura. Con tan sólo dos semanas de instrucción, Rudolf y su regimiento partieron en un largo periplo hacia Oriente Próximo. Su misión era aportar refuerzos a las tropas turcas que estaban luchando contra los británicos por el control de la parte suroriental del Imperio otomano.

De camino al sur, Rudolf le envió una carta a su madre diciéndole que se había marchado a la guerra. Anteriormente, ella «no había logrado vencer mi obstinación ni con su paciencia y bondad conmovedoras», recordaba Rudolf, y deseaba que su hijo acabara sus estudios y se hiciera sacerdote. Pero en aquel momento, cuando «la mano autoritaria de mi padre ya no se dejaba sentir», Rudolf se veía capaz de desobedecer las órdenes de su madre.

Los dragones viajaron en tren desde Mannheim a través de Hungría, Rumanía y Bulgaria, y llegaron a Turquía. Tras un breve descanso en Estambul, el regimiento viajó a caballo más de 2.500 kilómetros hacia el sur, hasta el frente de Mesopotamia, en lo que hoy conocemos como Irak. Rudolf, que nunca había salido de Alemania, se pasó el

mes siguiente acampando a salto de mata, y sobreviviendo con los escasos víveres del regimiento. «Mi instrucción secreta, junto con mi temor constante a que me descubrieran y me enviaran de vuelta a casa, así como el largo viaje a través de muchos países hasta Turquía me causaron una gran impresión»; lo exótico del paisaje y de sus gentes era algo nuevo y profundamente chocante.

Cuando por fin Rudolf y sus camaradas llegaron al frente, se encontraron en medio de una contienda iniciada un año atrás por el control de los campos petrolíferos situados entre los ríos Tigris y Éufrates. En el centro de aquel *impasse* estaba Al-Kut, una polvorienta ciudad situada a ciento sesenta kilómetros al sureste de Bagdad, donde los turcos llevaban varios meses asediando a las fuerzas británicas. Los Aliados habían intentado huir de Al-Kut pero fueron rechazados reiteradas veces; ambos bandos habían sufrido cuantiosas bajas. En abril de 1916, los Aliados entregaron el control de la ciudad, y más de 13.000 soldados aliados fueron hechos prisioneros y obligados a realizar trabajos forzados. El alto mando británico consideró el incidente como una derrota humillante, y, tras concluir que la Campaña de Mesopotamia debía recibir una mayor prioridad dentro del conjunto de su estrategia bélica, relevó al comandante regional indio y nombró a un oficial inglés, reforzó las líneas ferroviarias, y envió un contingente adicional de 150.000 efectivos. Las Potencias Centrales reaccionaron ante los cambios de los Aliados relevando al oficial turco al mando, sustituyéndolo por un general alemán, y llevando tropas de refresco desde Alemania, entre ellos el Regimiento de Dragones de Baden-Baden al que pertenecía Rudolf.

A finales de 1916, la unidad de Rudolf se unió al 6.º Ejército Turco a las afueras de Al-Kut. Justo en el momento en que su unidad de caballería estaba recibiendo sus primeras órdenes, fue atacada por una brigada de soldados indios. Rudolf saltó de su caballo y se ocultó en el terreno rocoso, entre unas viejas ruinas, y su uniforme de caballería, cuidadosamente almidonado, quedó inmediatamente cubierto con el fino polvo amarillo del desierto. No había un plan de batalla, y tampoco habían recibido unas órdenes completas.

A medida que iba aumentando la intensidad del fuego, los soldados turcos salieron huyendo, y dejaron que los alemanes se las arreglaran solos. Rudolf empezó a sentir pánico. Las explosiones de las granadas del enemigo sonaban cada vez con más fuerza; a su alrededor los soldados alemanes caían por doquier. A su izquierda un hombre cayó

herido, y el soldado que estaba a su derecha no respondió cuando Rudolf le llamó por su nombre.

Al volverme hacia él vi que agonizaba con el cráneo destrozado. Jamás he vuelto a sentir un terror como el que se apoderó de mí en aquel momento. Si hubiese estado solo, seguramente habría huido, como los turcos, para no correr la misma suerte.

Mientras Rudolf consideraba la posibilidad de sumarse a la retirada de los turcos, vio a su capitán agazapado detrás de un gran peñasco, disparando sin cesar contra los indios de una forma disciplinada y metódica. Rudolf sintió que le sobrevenía un cambio. Se sintió tranquilo y centrado, vio que un indio corpulento y con barba negra corría hacia él, apuntándole con su fusil Lee-Enfield calibre 0,303 británico. Rudolf inspiró profundamente, levantó su arma, apuntó y disparó. Fue su primer muerto.

Al cabo de unos instantes volvió a levantar su fusil y empezó a disparar, rápidamente, un tiro tras otro, «como si se hubiera roto el encantamiento». Rudolf había descubierto dentro de sí una nueva habilidad: era capaz de matar, eficientemente y deprisa, en el calor de la batalla.

El capitán había estado observándole, y se puso a gritar su nombre para animarle. Al cabo de un rato los soldados indios se dieron cuenta de que se enfrentaban a una firme resistencia, detuvieron el ataque y se replegaron a través del desierto. Al concluir el día la unidad alemana se había hecho con el control de las viejas ruinas. Rudolf y sus camaradas se atrincheraron a fin de prepararse para lo que iba a convertirse en la tarea diaria de defender aquella pequeña parcela de territorio.

Rudolf recordaba que sintió emociones contradictorias durante su primera batalla. Le había parecido «emocionante», pero cuando más tarde recorrió el campo de batalla miró «con vacilación y timidez» al soldado indio que había matado, y se sintió «un poco mareado». Cuando le dijo a su capitán que había sentido miedo, su superior simplemente se echó a reír y le dijo que no debía preocuparse. A lo largo de los meses siguientes, Rudolf llegó a estimar a aquel hombre y a confiar en él, hasta el punto de que su capitán llegó a ser «como un padre», y una figura de autoridad que reverenciaba. Sentía que el capitán le trataba como si fuera su hijo, que se enorgullecía cuando le ascendían, y que se aseguraba de que no le asignaran las misiones más peligrosas.

Por primera vez en su vida, Rudolf se daba cuenta de que alguien se preocupaba por él. Como él mismo confesaba: «mi relación con él era más profunda que la que había mantenido con mi verdadero progenitor».

A principios de 1917, Rudolf y su regimiento fueron destinados a Palestina. Su primera misión fue defender la crucial vía férrea de Hijaz, que unía Damasco, en Siria, con Medina, en Arabia Saudí. Unos meses más tarde los dragones se encontraban en el frente de Jerusalén. Aunque la Campaña de Mesopotamia se había centrado en el estratégico suministro de petróleo, las batallas que se produjeron en la zona de Palestina tenían en parte como objetivo desestabilizar el control británico sobre el canal de Suez, y en parte conquistar las veneradas ciudades bíblicas.

Durante la batalla por Jerusalén, Rudolf recibió un doloroso balaazo en la rodilla, y fue trasladado a un hospital de campaña alemán cerca de Jaffa. Allí entró en estado de delirio por culpa de la malaria, una recaída de la enfermedad que había contraído al principio de la campaña, y sufrió episodios de fiebre tan violentos que tuvo que permanecer bajo la atenta observación del personal médico.

Mientras convalecía en el hospital, Rudolf recibió los cuidados de una joven enfermera alemana. Era muy amable con él, le ayudaba a recostarse en la cama con mucho cuidado, y procuraba que no se hiciera daño durante sus episodios de malaria. Al principio las caricias de aquella mujer le provocaban confusión, pero muy pronto, «hechizado por la magia del amor, la veía con otros ojos». Durante las semanas siguientes, una vez que Rudolf pudo volver a andar, encontraron un lugar tranquilo, apartado de las ajetreadas salas del hospital. «Ella me inició en todas las fases del amor, hasta llegar a las relaciones sexuales completas –recordaba Rudolf–. Yo nunca habría conseguido por mí mismo hacer acopio de valor. Aquella primera experiencia amorosa, con todo su dulce afecto, se convirtió en una directriz para toda mi vida.» No era sólo el primer encuentro sexual de aquel muchacho de quince años, sino también la primera vez que había experimentado algún tipo de intimidad física: «Aquella ternura fue una experiencia maravillosa, algo que nunca había conocido anteriormente». Rudolf se juró, de forma un tanto ingenua, que únicamente iba a tener relaciones sexuales si había auténtico cariño de por medio, y que nunca iba a recurrir a las prostitutas, como

hacían sus compañeros de armas, y tampoco tendría aventuras con las novias o las esposas de otros hombres.

Una vez repuesto de sus heridas, a Rudolf le ordenaron regresar a su unidad. Debió de resultarle difícil decir adiós, pero había recibido una orden. Nunca volvería a ver a aquella enfermera.

Durante los meses siguientes, Rudolf resultó herido otras dos veces: el 17 de noviembre de 1917, pocos días antes de su decimosexto cumpleaños, cuando una bala se le alojó en el muslo, y el 28 de febrero de 1918, cuando sufrió heridas en las manos y en las rodillas. Ninguna de aquellas heridas le impidió participar en las incesantes acciones militares.

Por los servicios prestados en tiempo de guerra, el Gobierno alemán le concedió la Cruz de Hierro de segunda clase, y el estado de Baden-Baden la Media Luna de Hierro y la Medalla al Servicio de Baden por sus esfuerzos en Irak y Palestina. La guerra le había transformado: pasó de ser un joven escolar, asustado e inocente, a convertirse en un curtido soldado. En opinión de Rudolf, la guerra «me había hecho madurar, tanto por fuera como por dentro, muy por delante de mi edad».

Para entonces ya había terminado de crecer. Con una estatura de 1,70 metros, Rudolf no era alto, ni tampoco corpulento como algunos de sus compañeros de unidad. Al contrario, era un hombre delgado, curtido en la batalla, con unos penetrantes ojos castaños y la cabeza cubierta de pelo rubio muy corto. Tenía cuerpo de soldado. Porque Rudolf se había acostumbrado al dolor y a las privaciones de la guerra, y poseía los suficientes recursos emocionales –tal vez cierta insensibilidad– como para soportar las heridas, y a continuación volver al combate. Es más, había aprendido lo que a su juicio eran las dotes de liderazgo: exhibir conocimiento, más que rango, mostrar «una calma gélida e imperturbable» ante las adversidades, y esforzarse por «dar ejemplo constantemente, y nunca perder la compostura, sean cuales sean los verdaderos sentimientos de uno».

No obstante, la primavera de 1918 trajo consigo una pena que incluso a Rudolf le resultaba difícil de ocultar. El capitán al que tanto había admirado a lo largo del año anterior murió durante la batalla de Jordania. Su muerte fue un duro golpe: «Lo sentía con gran dolor, y lloraba su muerte».

Rudolf volvía a estar solo.

---

Hanns  
Berlín, Alemania  
1917

Hanns Hermann Alexander nació el 6 de mayo de 1917, quince minutos antes que su hermano gemelo Paul, en el espacioso apartamento de sus padres, en la Kaiserallee, en Berlín occidental. Los dos bebés eran hijos de los tiempos de la guerra, concebidos cuando su padre, el doctor Alfred Alexander, había vuelto de permiso del hospital militar que dirigía en la ciudad de Zabern, en la Alsacia alemana.

Poco después del nacimiento, Alfred dispuso que su familia –su esposa, Henny, sus dos hijas pequeñas, Bella y Elsie, y sus hijos gemelos recién nacidos– se reuniera con él en el frente. Se trataba de una decisión peligrosa, dado que el hospital estaba muy cerca del campo de batalla, pero Alfred insistió. La familia volvió a estar junta durante dieciocho meses, el tiempo suficiente como para que las dos hijas asistieran a un colegio de la zona. A finales de octubre de 1918, cuando ya estaba cerca el final de la guerra, unos guerrilleros alsacianos amenazaron con arrasar el hospital. El doctor dispuso tan sólo de unas horas para transportar a todos sus pacientes y a su familia a la estación ferroviaria. Fue un trabajo agotador, pero Alfred y el personal del hospital estuvieron a la altura de las circunstancias, y no hubo que dejar atrás a ningún paciente. Tomaron el último tren que salía para Berlín.

La familia tan sólo consiguió llegar hasta Ulm, a cien kilómetros al este de Stuttgart. Inspirándose en la revolución que había barrido Rusia el año anterior, los comités de trabajadores se habían hecho con el control de las vías férreas de Ulm y exigían no sólo el fin de la guerra sino también la abdicación del káiser Guillermo II. Por todo el país habían estallado protestas violentas parecidas: los marineros se amotinaron en Kiel, un puerto de la costa norte de Alemania, y se negaban a zarpar hacia el combate; un consejo de izquierdas había obligado a abdicar al rey de Baviera, donde se había declarado una república po-



Bella, Elsie, Hanns y Paul Alexander

pular; y miles de trabajadores estaban manifestándose violentamente por todo Berlín. El tren tuvo que retroceder y desviarse hacia Fráncfort, donde la familia se refugió en casa de los padres de Henny hasta que se despejó el camino.

Cuando la familia Alexander llegó por fin a la capital, a principios de diciembre, se encontraron escenas de caos. Tres semanas antes, el 9 de noviembre de 1918, se había anunciado la abdicación del káiser Guillermo, y el Imperio alemán había dejado oficialmente de existir. Desde entonces, una frágil alianza entre los socialdemócratas y algunos miembros de las Fuerzas Armadas había llenado el vacío político, bajo el liderazgo del socialdemócrata Friedrich Ebert. Pero aquel gobierno provisional fue incapaz de mantener el orden durante mucho tiempo. Los radicales de izquierdas se echaron a las calles exigiendo un ritmo más acelerado de cambios, mientras que los grupos de derechas, furiosos por haber perdido la guerra, habían formado unidades irregulares y sostenían escaramuzas con los comunistas y los comités de trabajadores. Para hacer frente a la situación, el Ejército creó brigadas de veteranos recién desmovilizados a fin de reprimir la insurrección de

izquierdas; su brutalidad no hizo más que avivar las llamas de la revuelta.

Resultaba demasiado peligroso salir por la noche, la comida escaseaba, y Alfred no lograba reabrir su consultorio por culpa de los estallidos de violencia a lo largo y ancho de la ciudad. Para empeorar las cosas, la economía, ya bastante arruinada de por sí al cabo de cuatro años de guerra, parecía estar a punto de hundirse.

La situación en las calles parecía como un barril a punto de reventar, pero en el apartamento de la familia Alexander todo estaba tranquilo y en perfecto orden. A Henny no le llevó demasiado tiempo retirar las sábanas que cubrían los muebles, quitar el polvo de las paredes y reabastecer la despensa lo mejor que pudo. Al cabo de unos días la casa volvía a ser un hogar. Para Hanns y Paul, que entonces tenían diecinueve meses, el apartamento era el centro de su mundo y, ajenos al explosivo ambiente del exterior, se dedicaron a explorarlo.

La residencia de la familia Alexander ocupaba toda la primera planta del número 219/220 de la Kaiserallee, a mitad de camino entre la Scharperstrasse y el cruce de Spichernstrasse y Regensburger Strasse. La Kaiserallee era una de las calles más elegantes de Berlín, así como una importante arteria de la ciudad, pues iba desde el barrio de Friedenau, de clase trabajadora, al sur de la capital, hasta el acomodado barrio de Wilmersdorf, al noroeste. El apartamento era enorme, incluso para los generosos estándares de la zona. En total tenía veintidós habitaciones, incluyendo cinco dormitorios, tres salas de estar, un cuarto de baño, dos habitaciones para las doncellas y una gran cocina. El apartamento también desempeñaba la función de consulta del doctor Alexander, y a partir del nuevo año empezó a recibir a sus pacientes en el salón, justo al lado del recibidor principal. El comedor era tan ancho como todo el apartamento, con capacidad para acoger cómodamente una cena de cuarenta personas, y tenía dos balcones que daban a la Kaiserallee.

El portal del edificio tenía una altura de dos plantas, y sus puertas estaban hechas de gruesa madera de roble marrón, y como la mayoría de los inmuebles que se construían en Berlín a mediados del siglo XIX, tenía un patio en el centro, lo que permitía que la luz inundara el interior del apartamento. Detrás del edificio había un jardín comunitario con una pequeña pradera y unos cuantos árboles. Allí jugaban Bella, Elsie, Hanns y Paul con los demás niños de los apartamentos vecinos.

Su hogar estaba idealmente situado en el corazón de la comunidad judía de Berlín oeste. Y la familia Alexander pasaba la mayor parte de



Kaiserallee, Berlín

su tiempo con esa comunidad, charlando en alguno de los grandes almacenes que flanqueaban el Kurfürstendamm, merendando en las cuidadísimas praderas del parque Tiergarten, o visitando el Jardín Zoológico de Berlín, del que tan sólo les separaba un corto paseo desde el apartamento.

Aunque procedía de una familia acomodada de clase media alta, de médicos y abogados, el padre de Hanns no era ajeno a las dificultades. Cuando Alfred sólo tenía cinco años, su padre había fallecido de leucemia, y su hermana había muerto de una neumonía. Más tarde, cuando estaba en la veintena, su madre sufrió un grave ataque de asma, y falleció poco después. A pesar de aquellos contratiempos, Alfred había conseguido licenciarse como médico en una de las universidades más prestigiosas de Alemania, y había montado su propia consulta en Berlín. Era un hombre temperamental, en ocasiones propenso a gritarle a su esposa y a recluirse en su biblioteca con su colección de manoseadas novelas de detectives; otras veces se mostraba rebotante de alegría y afectuoso. También era sentimental, e incluso puede que fuera un hombre frágil, ya que a menudo se le veía con los

labios temblorosos y con lágrimas corriéndole por las mejillas, cuando le desbordaba la emoción de un aria que sonaba en el gramófono o durante un sentido discurso de los que se daban en las fiestas de cumpleaños.

Por el contrario Henny, su esposa, tuvo una infancia mucho más fácil, al ser descendiente de dos de las familias judías más prósperas de Europa. Su padre, Lucien Picard, era un banquero muy respetado, y cónsul de Suiza en Fráncfort, mientras que su madre, Amalie, procedía del adinerado clan de los Schwarzschild, una familia tan conocida en su ciudad natal que los niños del lugar cantaban una canción sobre ella:

En Fráncfort, en Fráncfort, si no puedes ser tan rico como los Rothschild, siempre te queda la esperanza de llegar a ser tan rico como los Schwarzschild.

Henny era una mujer con mucho busto, la cara redonda y fuertes brazos. Aunque no era esbelta ni se vestía a la moda, su aspecto era atractivo, y estaba dotada de un agudo sentido del humor. Era conocida por su amabilidad y su deseo de ayudar a los demás. Además era una fumadora empedernida, y casi siempre se la veía con un cigarrillo colgando casi verticalmente de su labio inferior, incluso en la cocina, donde le gustaba entrometerse en los guisos de la cocinera. No era raro que Henny sacudiera la ceniza de su cigarrillo contra alguna cacerola, ceniza que acababa formando parte de lo que se estuviera cocinando en ese momento. Tozuda y de ideas firmes, Henny era la matriarca y el corazón de la familia.

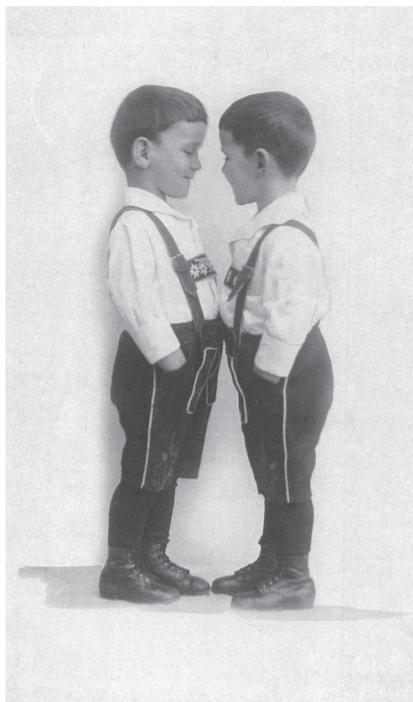
Aunque Hanns y Paul pasaban gran parte de su tiempo con sus padres y sus hermanas, su cuidado diario corría a cargo de su querida niñera, Anna. Pese a que era oriunda del conservador suroeste de Alemania, Anna estaba convencida de que había que dejar que los niños desarrollaran sus personalidades individuales, y asumía una actitud más liberal que el régimen inflexible de muchos de sus contemporáneos.

La calma duró hasta que los gemelos empezaron a andar. A la edad de cinco años, «los niños», como todo el mundo les llamaba, ya se habían ganado fama de alborotadores, y se dedicaban a circular a toda velocidad en su Hollander rojo, una especie de coche de juguete, por el pasillo que llevaba al comedor, alrededor de la mesa, atrave-

sando la sala de estar, de vuelta por el pasillo, chocando a su paso contra las paredes y desconchándolas, y dando gritos a los asombrados sirvientes.

Además, Hanns y Paul empezaron muy pronto a aprovecharse de ser prácticamente idénticos. Cuando venían visitas, se suponía que los gemelos debían esperar en el recibidor y darles la bienvenida. Por el contrario tan sólo se presentaba uno de los gemelos, enfundado en un delantal, que le daba la mano al visitante, salía de la habitación, se quitaba el delantal, asumía el papel del otro, y aparecía para darle la mano a otra persona. Mientras tanto, el otro gemelo estaba en la cocina, atiborrándose de los manjares que Hilde, la cocinera, hubiera preparado ese día.

Uno de los libros favoritos de los niños era *Max und Moritz*, un popular cuento infantil donde dos niños traviesos van gastando bro-



Hanns y Paul Alexander

mas cada vez más salvajes a sus amigos y vecinos. Recortan las tablas de un puente, y se ríen cuando un sastre se cae al agua y se lo lleva la corriente. Se cuelan en casa de su maestro, le llenan la pipa de pólvora, y contemplan cómo explota y le chamusca todo el pelo.

Aquel libro animó a los niños a adoptar un comportamiento aún más audaz. Dejaron que desbordara la bañera, inundando la sala de consulta de su padre; tiraron petardos en la cocina, provocando que Hilde volcara por los suelos el almuerzo recién asado; e hicieron una hoguera en el cuarto de estar para bailar alrededor de ella, como los nativos americanos, hasta que su hermana, Elsie, olió el humo, acudió corriendo y apagó el fuego con un cubo de agua. Otras veces simplemente disfrutaban haciendo travesuras, sobre todo con Bella, que se consideraba una chica madura y sofisticada, y le gustaba darse aires. Cuando Bella invitaba a sus amigas a merendar, Hanns y Paul se escondían debajo de la mesa, alargaban la mano y robaban los carísimos bombones y los trozos de pastel, y, si podían, lanzaban miradas furtivas por entre las faldas de las niñas. Las niñas se ponían a gritar, y Bella echaba a los niños, pero ellos no tardaban en volver.

Nunca se castigaba con severidad a los gemelos por su mala conducta. Por el contrario, se les consentía todo. Aparte de algún estallido ocasional, el doctor Alexander dejaba la disciplina en manos de su esposa, y Henny, que fingía asombro por las bromas de sus hijos, pero que era incapaz de ponerles coto, alentaba sus travesuras, cada vez más descabelladas.

Cuando no estaba haciendo gamberradas, a Hanns le gustaba pasar el rato explorando el apartamento, buscando recuerdos de cuando su padre estuvo en la Primera Guerra Mundial. En el comedor hojeaba los álbumes de fotografías: Alfred a lomos del caballo de un soldado; posando en una trinchera durante una visita al frente; a la puerta del hospital en Alsacia. Hanns examinaba el uniforme del Ejército —guerrera y pantalones grises cuidadosamente planchados, un casco plateado con su pica en lo alto, y botas de cuero hasta la rodilla— que colgaba del armario de la entrada. Pero su objeto favorito era la Cruz de Hierro de primera clase de su padre, una medalla de bronce prendida de una cinta a rayas blancas y negras, que se guardaba en una cajita verde encima del escritorio de su padre. Cuando no había nadie, a Hanns le gustaba abrir aquella cajita verde y, esperando que nadie le viera, se ponía la cinta alrededor del cuello e imaginaba lo que se sentía siendo un héroe de guerra alemán.



El doctor Alfred Alexander, 1917

Hacia 1922 la consulta del doctor Alexander había prosperado lo suficiente como para que hiciera falta espacio extra a fin de dar cabida a su negocio. Aunque le preocupaba el estado de su economía, decidió invertir en un nuevo gran edificio para uso médico. Encontró un inmueble adecuado en el 15 de la Achenbachstrasse, un edificio de cuatro plantas situado junto a la Rankeplatz, a la vuelta de la esquina de su apartamento. Contrató a un arquitecto y, con un dinero que pidió prestado a los padres de Henny, convirtió el inmueble en un sanatorio dotado de lo último en equipamiento, como, por ejemplo, aparatos de rayos X, un laboratorio, y un jardín en la azotea donde los clientes podían pasar su convalecencia al aire libre. Invitó a otros tres médicos a participar con él en la empresa, junto con un equipo de enfermeras y técnicos, y la clínica abrió oficialmente sus puertas en 1923. Al cabo de poco tiempo tenían todas las camas ocupadas. Alfred Alexander adquirió la costumbre de hacer la ronda cada día, y el personal de enfermería siempre sabía dónde encontrarle, ya que el doctor dejaba su puro encendido en el cenicero colocado a la puerta de la habitación del paciente.

Era un momento arriesgado para hacer grandes inversiones. Después de la guerra, la economía estaba sumida en el caos. A principios de la década de 1920, la moneda había sufrido una drástica devaluación: a finales de 1921 un marco-oro valía diez marcos en papel moneda; un año después un marco-oro valía 10.000 marcos de papel, y a finales de 1923 el tipo era de uno a cien millones. Aquella hiperinflación provocó el aumento exponencial del precio de los productos, lo que hacía prácticamente imposible realizar las compras del día a día. Al igual que todo el mundo, la familia Alexander tuvo que adaptarse a esa realidad, que afectaba no sólo a sus ingresos –ya que el doctor se esforzaba por mantener sus tarifas al mismo nivel que la inflación– sino también a sus gastos.

Muy pronto el doctor Alexander empezó a acusar la tensión. Muchos de sus pacientes habían fallecido o se habían marchado del país durante la guerra y, sobre todo después del conflicto, cada vez eran más los que no podían pagar sus deudas. El doctor seguía tratándoles, en lo que él denominaba un *Harachaman*, un «acto de misericordia», porque creía que no se le podía denegar a nadie la atención médica por falta de fondos. Sin embargo, aquella caridad no ayudaba a pagar las facturas. La solución del doctor Alexander fue trabajar más todavía, dedicaba muchísimas horas a su consulta, y casi nunca almorzaba con sus hijos.



El doctor Alexander en su clínica de Berlín

Conforme iba creciendo, Hanns era cada vez más consciente de su identidad judía. Al igual que muchos otros judíos de Berlín, la familia Alexander no era particularmente religiosa, y se consideraban «judíos de tres días al año». Asistían a la Neue Synagoge, situada en el centro de Berlín, en los días más sagrados: los dos días del Rosh Hashaná y el día del Yom Kipur, y acudían a su sinagoga del barrio, en la Fasanenstrasse, para asistir ocasionalmente al oficio religioso del *Sabbat*, los sábados por la mañana.

La familia Alexander también celebraba las Navidades, y todos los años acudía a Fráncfort para pasar las vacaciones con los padres de



Neue Synagoge, Berlín

Henny, Lucien y Amalie Picard. Los Picard eran más bien ortodoxos, de modo que la familia de Berlín tenía que ser diplomática en lo referente a la Navidad, que Alfred siempre había celebrado cuando era niño. Se llegó a un compromiso, por el que se permitía que el doctor Alexander adquiriera un árbol de Navidad de tamaño modesto, y lo instalara en la planta más alta, en las dependencias del servicio, lejos de la mirada de reprobación de sus suegros. Una vez instalado el árbol, Hanns y sus hermanos lo decoraban con unas hermosas figuras de madera tallada –un reno, un elfo, un trineo, bolas de cristal en cuyo interior había muñecos de nieve y ángeles, monedas de chocolate envueltas en papel dorado, cajas de terciopelo de vivos colores que colgaban de cintas rojas– así como una preciosa y brillante estrella plateada colocada en la punta de la rama más alta.

Durante aquellos primeros años fue cuando a Hanns le hablaron de la Torá de la familia, de la «Torá de los Alexander», como la llamaban, que se guardaba en un armario de la biblioteca de su padre. A la muerte de Alfred, según la tradición familiar, el rollo pasaría a manos de Hanns, por ser el hijo varón mayor.

La Torá de los Alexander fue encargada en 1790 por el padre del tatarabuelo de Hanns, Moses Alexander, cuando vivía en Thalmässing, un pueblo de los alrededores de Núremberg. Todos y cada uno de los aspectos de su fabricación estaban específicamente prescritos por la tradición judía. Cada día, antes de coger la pluma, el escriba tenía que lavarse las manos, abrocharse las correas de su filacteria, y pasar unos minutos meditando en silencio. Al copiar todos y cada uno de los 304.805 caracteres hebreos de otra Torá en rollo escrita a mano (Sefer Torá), debía pronunciar todas y cada una de las letras. Cuando cometía un error tenía que raspar la tinta seca con una cuchilla. Sin embargo, si se equivocaba al escribir la palabra «Dios», tenía la obligación de recortar todo el trozo de pergamino y volver a empezar. Normalmente escribir una Sefer Torá requería entre seis y doce meses, pero teniendo en cuenta la intrincada caligrafía que había utilizado aquel escriba en particular –los elaborados adornos, la perfección de las líneas, la pulcritud de las costuras del pergamino– la confección de la Torá de los Alexander debió de llevarle más tiempo. La producción de una Torá era una tarea sagrada (*mitzvá*) que traía consigo una bendición sobre el hombre que la encargaba y sobre toda su familia a lo largo de los siglos. También significaba, y eso era algo insólito para los judíos de Berlín, que la propietaria de la Torá era la familia Alexander, y no la sinagoga.

Una vez al año la familia al completo acudía a su sinagoga local, situada en la Fasanenstrasse, para participar en el oficio de la Simjat Torá, una ceremonia que rinde homenaje a los textos religiosos de la comunidad. El doctor Alexander se ponía en fila con el resto de los hombres que llevaban sus Torás sobre los hombros, mientras que Hanns, Paul y el resto de los niños iban detrás. Los hombres desfilaban por la sinagoga mientras la congregación entonaba canciones jubilosas, y los hombres y mujeres se inclinaban al paso de los rollos. Tras el oficio, el rabino entregaba dulces a los niños y les deseaba felices vacaciones.

Conforme avanzaban los tumultuosos años veinte, la consulta de Alfred Alexander fue recuperándose y creciendo, y muy pronto Alfred fue reconocido como uno de los mejores médicos de la alta sociedad de Berlín. Al ser una persona gregaria que disfrutaba de la buena compañía, Alfred invitaba a su casa a muchos de sus pacientes, donde Henny les agasajaba con una de sus suntuosas cenas. Los Alexander empezaron a pasar menos tiempo con los miembros de la sinagoga y los conocidos de la comunidad, y más tiempo intimando con algunos de los más famosos científicos, artistas y estrellas de cine de Alemania.

A medida que evolucionaba su entorno, la prosperidad, la seguridad económica y las oportunidades de la familia Alexander mejoraron. Pero al mismo tiempo que su suerte iba cambiando, también empezaba a aflorar otro aspecto de la Alemania de la posguerra.

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Hans and Rudolf. The German Jew  
and the Hunt for the Kommandant of Auschwitz*  
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2014

© Thomas Harding, 2013  
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2014  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 16411-2014  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-46-0  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6077-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos  
de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)